



REPÚBLICA ESPAÑOLA

MENSAJE DE AÑO NUEVO

Todo induce a creer que el año que hoy empieza será el de la caída de la tiranía franquista, que arrastrará hacia el ostracismo a todos los hombres que la siguen sosteniendo. Esta convicción general nos trae apañadas una gran alegría y una preocupación angustiosa. La alegría por el fin de una pesadilla siniestra ; la preocupación por el enorme interrogante que se abrirá ante nosotros. Fácil será frenar y encauzar la alegría ; muy difícil resultará disipar felizmente la preocupación. El vacío que dejará el franquismo habrá que llenarlo con acierto rápidamente o España caerá en un peligrosísimo colapso o en una temible convulsión revolucionaria. Solamente conseguiremos evitar ambos riesgos si todos acertamos a cumplir generosamente nuestro deber para con la patria.

Decíamos en nuestro Mensaje de 1956 que el año que alboreaba debía ser el del resurgimiento. Así ha ocurrido en el interior de España. Los viejos luchadores, aletargados hasta entonces, comenzaron a sentir que les brotaba de nuevo la esperanza y se les despertaba la capacidad de acción, de lo cual son testimonios muy elocuentes las huelgas acaecidas. Grato, muy grato, ha sido para nosotros comprobarlo. Pero a este sentimiento le supera en emoción otro, el del espectáculo que nos brinda el renacer espiritual de la juventud española a que estamos asistiendo reanimados. No son solamente las juventudes universitaria y obrera, que siempre caminaron con la mirada puesta en un futuro mejor, sino también aquellas otras poderosas juventudes salidas de las Academias militares y de los Seminarios conciliares durante la dominación franquista. Unos y otros jóvenes se asfixian dentro de un medio político que ha erigido en sistema de gobierno todas las malas cualidades del temperamento español sin dejar espacio para que se manifiesten las buenas. Ven y repudian que predominan la envidia, el odio, el rencor y la incomprensión para todo lo que no esté incondicionalmente adherido a la cofradía dominante. Que hoy más que nunca la libertad es una aspiración irrealizable y la democracia un mito. Que hoy más que nunca la concupiscencia, el peculado y la irresponsabilidad ofrecen el carácter de agudísimas epidemias. Y al contemplar y sufrir esas dolorosas realidades y ante la amenazadora perspectiva de una quiebra catastrófica de la economía nacional, han sentido el impulso de acabar con todo lo podrido que les rodea y contribuir a extraer de los escombros los materiales más sanos para la edificación de una nueva España entre todos los españoles solidariamente.

Por desgracia, la España emigrada no ha sentido aún como colectividad ese patriótico llamamiento con aquella decisión que es indispensable para hacerle fecundo. Pesan todavía demasiado sobre nosotros los atavismos del partido y de la bandería, que no nos permiten admirar en toda su belleza el panorama de la integración de la patria como paso decisivo para su reconstrucción moral y material. Triste cosa es que no estemos aún coordinados en el propósito y los alcances de nuestra actuación ; pero es mucho más triste que no acabemos de sentir el imperativo de esta obligación ineludible. Si aquí no estamos unidos en torno a un

plan de recreación de España tampoco lo están dentro de la patria. La diferencia esencial entre nosotros es que allí sienten unánimemente la necesidad de hacerlo y aquí no se acaba de experimentar esa ansia salvadora. Y como la inmensa mayoría de los grupos que en España se inquietan y laboran con vistas al porvenir desean la cooperación mancomunada con nosotros y que de nosotros les llegue la lección práctica de la unión, al mantenernos como estamos hacemos casi imposible que el derrumbamiento que se avecina, encuentre para reemplazar lo que se hunde una organización razonable, sólida y eficaz, contingencia pavorosa que unos y otros estamos obligados a evitar porque si no la sustitución equivaldría a un salto en las tinieblas.

Para llegar hasta donde es preciso tenemos que estrangular todos sin piedad, dentro de nuestras almas, las viejas apetencias de intolerancia para las ideas de nuestros adversarios. Ninguno de nosotros debe ir a la nueva obra pensando en imponer lo nuestro contra lo de los demás, porque aún triunfando llegaríamos a lo sumo a edificar por la violencia la idea de una parte de España en hostilidad con las ideas de la otra o de las otras partes. O nos proponemos firme y lealmente entregarnos a la ingente labor de la reconstrucción de una España de todos y para todos, o no tendremos ya nada útil que hacer en la vida pública y sólo podremos prestar a nuestra patria el gran servicio de apartarnos de la lucha. Ha de acabar el aria de « mi » España para que comience a entonarse el coro de « nuestra » España. Múltiple, diversa, con discrepancias en los juicios y en los programas, pero fiel a una resolución inquebrantable de construir, mediante los renunciamientos personales y de grupo que sean necesarios, el hogar común en que podamos convivir pacíficamente y con respeto mutuo todos los españoles. Los señuelos engañosos que atraen a bastantes ilusos y a algunos resentidos hacia los campos de cerrada intransigencia, deben sepultarse muy profundamente y colocar sobre esa tumba una lápida muy pesada que les impida rebrotar.

Convertir esta aspiración de armonía en realidad implicará sacrificios muy dolorosos. ¿Tendremos nosotros la entereza de alma debida para reconocer y confesar, como paso previo, nuestra parte de responsabilidad en las desventuras del ayer? Porque ese reconocimiento tendrá que hacerse en todos los sectores a fin de que puedan exhibir con justicia una limpieza de intenciones para el futuro. La división neta de los hombres en buenos y malos ya no es admisible ni en los cuentos infantiles. Todos somos buenos y malos al mismo tiempo y tanto mejores seremos cuanto más nos esforcemos en expulsar de nuestras almas lo que les impida emprender el camino de la purificación. Allanaría mucho la tarea esta generosa decisión de admitir y lamentar nuestros errores para que apareciendo todos culpables, unos más y otros menos, de los males sobrevenidos en el pasado, podamos conseguir mayor certidumbre de éxito para los bienes a que aspiramos en el porvenir.

Espera al Gobierno que recoja los restos de la España franquista una labor dura, larga y penosa en la que todos debemos cooperar altruísticamente, unos desde el poder y otros desde la oposición. Tiene esa labor muchas y muy difíciles etapas: Restablecer la libertad y reorganizar la democracia, que ya no puede ser esencialmente política, sino que ha de ser substantivamente social; buscar un noble entendimiento entre los pueblos peninsulares sin estridencias de separatistas y separadores; restaurar los contactos, establecer el diálogo y encontrar la fórmula de una serena convivencia nacional; rehacer la economía del país; sanear la hacienda pública; encuadrar dentro de límites justos el papel del Estado en la industrialización; acabar con las suntuosidades grotescamente imperialistas; modernizar la agricultura y realizar una justa reforma agraria; abrir fuentes de trabajo que den pan, casa, sosiego y seguridad a los trabajadores; distribuir equitativamente la renta nacional y tantos otros problemas urgentes que el régimen franquista ha diferido, enmascarado o mixtificado: el militar, el eclesiástico, el judicial, el burocrático...

Para que esta cooperación resulte fecunda, es menester que ningún

español se sienta enemigo de otro español por el hecho de tener diferentes creencias. Aquel estrecho fanatismo intransigente e intolerante, más común en las derechas, pero que también enraizó en ciertos sectores de las izquierdas, hay que substituirlo por una amplia comprensión. Procurar ponerse para entenderla en la posición de nuestro antagonista y que él a su vez haga lo posible para explicarse la nuestra y respetarla, sería un paso definitivo hacia la creación de la nueva mentalidad que es forzoso adquirir. Porque una verdad hay bien evidente en nuestro panorama: España no se rehará si previamente no nos rehacemos nosotros. Ya son demasiados los años del empeño criminal que media España pone para destrozarse lo que la otra media se afana en construir. España es la tierra de todos nosotros y para que a todos nos resulte placentera, hemos de procurar por igual que sea amable, cómoda y justa. La experiencia de la última de nuestras guerras habrá dejado ahitos de horror hasta a los más insensibles. Basta ya de odios sistemáticos y brutales. Busquemos afanosamente el amor y cuando el amor no sea posible ofrezcamos la comprensión y el respeto. Si acertamos a plasmar así el futuro, la nueva España será de verdad una España nueva.

Paris, 1º de enero de 1957.

FELIX GORDON ORDAS

Presidente del Gobierno de la República Española en Exilio

**SAQUE COPIAS
DE LO A CONOCER
HAGALO CIRCULAR**

Société Parisienne d'Impressions, 4 rue Saulnier, Paris (9^e)